

EL BAUTISMO DEL SEÑOR C/2013

Las lecturas de esta fiesta hablan del bautismo de nuestro Señor Jesucristo como un momento de revelación de Jesús al mundo por el Padre a través del poder del Espíritu Santo. Nos invitan a aceptar a Jesús como nuestro salvador y a reconocerlo como el mensajero del Padre.

La primera lectura del libro de Isaías recuerda la misión del servidor de Dios que envió para consolar al pueblo de Israel recordándole que su castigo se ha acabado y que sus pecados han sido perdonados. Por eso tuvieron que preparar un camino para su llegada y les guiara como un pastor guía a su rebaño.

Lo que este texto nos enseña es la confianza en la presencia y el poder de Dios que cuida de su pueblo y sana sus pecados. Reconoce también la dependencia humana sobre Dios y declara la victoria de Dios sobre el mundo entero.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy que habla del bautismo de Jesús. En primer lugar, el Evangelio dice que el pueblo estaba a la expectativa y todos pensaban que quizá Juan el Bautista era el Mesías. Admitió que su tarea era el de bautizar con agua, pero el que vendría sería más poderoso y bautizaría con el Espíritu Santo y con fuego.

Después, el Evangelio describe lo que pasó cuando Jesús fue bautizado. Mientras estaba en oración después del bautismo, se abrió el cielo y el Espíritu Santo bajó sobre él como una paloma. Una voz se escuchó desde el cielo y lo reconoció como su Hijo predilecto en quien tenía su complacencia.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Lo primero es la importancia de profundizar la identidad de Jesús a fin de descubrir nuestra propia identidad. De hecho, el bautismo de Jesús nos da una oportunidad de comprender más el misterio de su identidad.

En primer lugar, consideremos la declaración de San Pablo en la segunda lectura de hoy y la exhortación de Juan el Bautista cuando bautizaba en Jordania.

San Pablo dice que Jesús nos ha salvado de toda maldad y nos ha limpiado para que seamos suyos, deseosos de hacer el bien. Afirma también que Jesús nos ha justificado por su gracia a fin de que seamos herederos en la esperanza de la vida eterna.

Al decir esto, San Pablo reconoce que Jesús es el santo de Dios; él no conoció el pecado. Y aún, el objetivo principal de Juan el Bautista al hacer la invitación para que las personas se bautizaran no era otro que el arrepentimiento del pecado. ¿Por qué, entonces, Jesús se ha dejado bautizar si no tenía pecado alguno?

Los Padres de la Iglesia han resuelto este dilema diciendo que Jesús había recibido el bautismo a fin de identificarse con el pueblo de Israel quien, por primera vez en la historia de los judíos, se dio cuenta de sus pecados y de la necesidad del arrepentimiento en respuesta a la predicación de Juan.

Sin embargo, Jesús fue enviado no solo como el salvador de Israel, sino también del mundo entero. Por eso, al bautizarse, se identifica también con todos los seres humanos. En ese sentido, ha asumido no sólo la condición humana, sino también ha compartido con nosotros el premio de lo que significa ser humano, a excepción del pecado. Por eso, en su bautismo, Jesús nos enseña la importancia del arrepentimiento

como un paso necesario sin el cual no podemos tener parte con él ni complacemos a su Padre.

Además, en este momento del bautismo, el Padre reconoció a Jesús como su hijo querido con quien él estaba contento. Si es así, el Bautismo nos hace a todos hijos de Dios también. Esta la razón por la cual nuestra identidad verdadera es la de ser hijos de Dios y herederos con Jesús. A fin de tener acceso a esa dignidad, tenemos que arrepentirnos de nuestros pecados y convertir nuestro corazón a Dios. Sin estas dos realidades, es decir, el arrepentimiento y la conversión, es imposible complacer a Dios y ofrecer nuestra amistad a Jesús.

Más allá de que somos santificados como hijos e hijas de Dios, quedamos limpios del pecado original en el bautismo y somos recibidos a la familia de los hijos de Dios que es la Iglesia. En ese sentido, el que es bautizado recibe el perdón de sus pecados y la vida de los hijos de Dios en él.

El segundo punto que quiero destacar es el misterio de la Santa Trinidad. Una de las cosas que aprendemos del bautismo de Jesús es la realidad de Dios. De hecho, una observación del modus operandi de Dios en el bautismo de Jesús nos muestra que Dios no es unilateral, sino relacional. Él es Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Padre declara a Jesús como su Hijo querido en quien tiene su complacencia. Y el Espíritu Santo desciende sobre él en forma sensible como de una paloma a fin de confirmarlo en la gracia de Dios.

De esta manera, tenemos tres personas, pero un sólo Dios. Todos los tres viven en una relación fuerte y mutua de unión e interdependencia entre el uno el otro. Su relación es tal que son unidos el uno con el otro sin confusión. Esta es la razón por la cual aparecen todos en el Bautismo de Jesús como un único Dios a fin de confirmarlo en su misión como el salvador del mundo.

Al final, tenemos esto: la voz que se escuchó desde el cielo y declaró a Jesús como Hijo, el predilecto, era la del Padre. El Espíritu Santo que bajó en forma de paloma sobre Jesús era el Espíritu del Padre. Así, en el bautismo de Jesús, Dios se revela más completamente al mundo de como lo hizo con los pastores o los magos en el nacimiento de Jesús. Revela su presencia como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es por esta razón que Jesús ha recomendado a sus discípulos bautizar en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Mientras celebramos el bautismo de nuestro Señor, renovemos nuestros compromisos del bautismo. ¡Que el Señor nos haga fieles a nuestras promesas bautismales! Que nos dé el coraje para cambiar nuestra vida al rechazar a Satanás y a creer en él cuando se manifiesta como Padre, Hijo y Espíritu Santo. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Isaías 40, 1-5. 9-11; Tito 2, 11-14; 3, 4-7; Lucas 3, 15-16, 21-22



Fecha de la Homilía: el 13 de Enero, 2013

© 2013 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20130113homilia.pdf